

DE TODAS PARTES

Relación y Administración: Plaza de Tetuán, 26.-Barcelona



... atado con su hijo á uno de los palos...

Precio: **10** céntimos

Núm. **6**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EXTRANJERO

Un año... . 5 ptas.
Un semestre... . 2'75

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

Un año... . 10 ptas.
Un semestre... . 5'60

Año I

Barcelona, 15 de junio de 1907

Núm. 6

Nuestra cubierta

¡Qué horrible situación la de aquel pobre padre que atado con su hijo á uno de los palos de la embarcación que acababa de naufragar, juguete de las embravecidas olas, no hacía más que prolongar su dolorosa agonía!

Quince días antes, lleno de alegría y ansiando pisar el suelo patrio después de largos años de ausencia, habíase embarcado en Nueva York D. José Gutiérrez con su esposa y dos hijos, una niña y un niño, con el propósito de establecerse en Valladolid fincándose allí con el capital á fuerza de trabajos y de desvelos adquirido, y que era suficiente para poder pasar tranquilamente el resto de sus días y dar carrera á su hijo.

Los primeros días de navegación fueron muy felices.

El trasatlántico se deslizaba sobre la movable superficie sin que apenas se percibiera movimiento alguno.

Los hijos jugueteaban sobre cubierta con otros niños que tambien formaban parte del pasaje, mientras los padres completamente satisfechos iban formando venturosos proyectos para lo porvenir.

Pero de repente empezó á cambiar el tiempo.

El capitán tranquilizó á las pasajeros diciéndoles que era un temporal sin importancia.

Sin embargo, adoptó algunas precauciones que dos días más tarde quedaron plenamente justificadas.

Lo que al principio creyóse que terminaría felizmente, trocóse en temporal desecho que fué arreciando por momentos hasta constituir verdadero peligro.

El barco luchaba bravamente con la tempestad. Lo mismo el capitán que la tripulación no disfrutaron un momento de descanso por espacio de tres días.

Al cuarto, todos estaban rendidos y el capitán no conservaba ninguna esperanza.

Rota la hélice, sin medio de poder sustituirla, el viejo marino veía que el buque iba derivando hacia la costa y allí estaba la muerte.

El pasaje, encerrado en las cámaras, adivinaba el peligro y las más dolorosas escenas tenían lugar, entre los desdichados que presentían la más horrible de las muertes.

Y el momento supremo, llegó por fin.

Un choque espantoso se percibió, é inmediatamente el agua se precipitó por las vías que se abrieron al estrellarse la nave contra las rocas.

Los pasajeros desesperados, ciegos, locos de espanto y de angustia invadieron la cubierta, y en vano, en medio de aquella gran tribulación, trataba el capitán de hacerse obedecer por la despavorida multitud.

Lanzados al agua los botes, todos querían precipitarse á ellos, y muchos encontraban la muerte donde ansiosos buscaban la vida.

Gutiérrez llevando en brazos á su hijo y procurando al mismo tiempo sostener é infundir algún valor á su mujer que tenía abrazada á su hija, vióse separado de ella, por los que, gritando, corriendo de un lado para otro, blasfemando, sollozantes y sin conciencia ya de lo que hacían más que seres humanos parecían fieras.

Y el mar azotaba furioso el destrozado buque y el infeliz Gutiérrez con su hijo en brazos, que se había desvanecido de terror, se vió en medio de las olas con su preciosa carga.

Uno de los mástiles del barco flotaba á corta distancia. Pudo asegurarle, ató á su hijo con las mismas cuerdas que aquel tenía, se ató él á su vez y se confió al leño bienhechor que más tarde le depositó en tierra.

Su esposa y su hija pudieron salvarse en uno de los botes y más tarde, todos reunidos, pudieron indemnizarse con su alegría de la horrible desesperación porque pasaron.

Errar el tiro

Ernesto Martínez, rico propietario de Valladolid, joven elegante, con su carrera de abogado terminada brillantemente, era un tanto excéntrico; pero, á pesar de sus excentricidades, muy franco, muy honrado y muy simpático.

Estaba ciegamente enamorado de Carmen

la hizo caso, y las obras continuaron mientras la viuda quedaba completamente en la miseria.

La casualidad hizo que Ernesto lo supiese, habló con la pobre, vió claro su derecho, tomó á su cargo el asunto y consiguió que el padre de Carmen abonase á la viuda una buena cantidad por aquel terreno. Esto hizo que el opulento caballero rompiera sus relaciones con el abogado, considerándole como un enemigo personal.



Ramírez, bellísima joven de veinte años, que había nacido en Nueva York, de donde era su madre, que falleció cuando ella tenía seis años, habiendo permanecido en un colegio hasta los diez y seis, en que su padre la confió el gobierno de su casa, y se trasladaron á España, estableciéndose en Valladolid, de donde era Ramírez.

Al comprar éste el terreno donde edificó la hermosa posesión que tenía cerca de la ciudad, adquirió indebidamente una pequeña parte que pertenecía á una pobre viuda que no contaba más que con aquella tierra.

Reclamó la pobre mujer, pero como Ramírez era inmensamente rico y ella muy pobre, no se

Carmen, por el contrario; Ernesto le fué simpático desde el primer momento. Adivinó el amor del joven y le amó, á su vez, y siempre le defendía ante su padre.

Amigo de éste, era Carlos Castellar, condiscipulo de Ernesto, pero distinto en todo de su amigo. Carlos era hipócrita, falso, de escasa fortuna, pero de grande ambición.

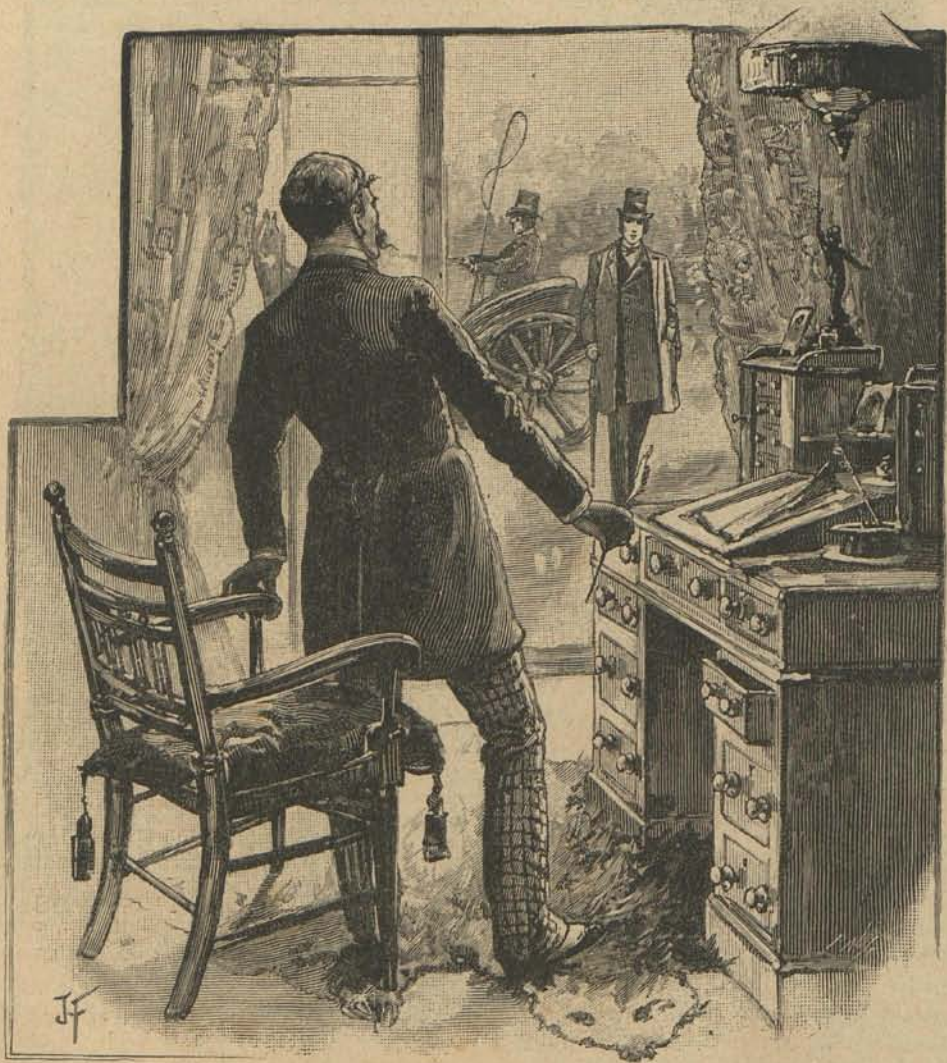
Amaba á Carmen porque era rica y adulaba á su padre para obtener su consentimiento.

Ernesto le había confesado su amor y la poca esperanza que tenía, puesto que su padre le profesaba tanto odio; y Carlos comprendió al mismo tiempo con su celosa inteligencia, que Carmen le amaba también y que tal vez conseguiría que su padre cediese. Esto podía destruir sus planes y para ello concibió un diabólico proyecto.

Ramírez tenía una gran casa en la ciudad, pero pasaba la mayor parte del año en la posesión de que hemos hablado.

A pesar de esta indicación, Ernesto acudió á la cita, penetró en el jardín por la puerta falsa que estaba entreabierta, y llegó hasta el pabellón donde debía tener lugar la entrevista.

Fijos los ojos en la ventana del pabellón, parecióle distinguir, á través de los cristales, la figura de una mujer á quien abrazaba un caballero. Pero esto fué cosa de un momento. Desaparecieron las dos figuras y, casi al mismo tiempo, sonó un disparo, y Ernesto se sintió



Carmen tenía una camarera francesa, á quien Carlos sedujo, y, con la cual, podía contar.

Un día, recibió Ernesto una carta misteriosa, dándole una cita para aquella noche, á las diez, en el jardín de la posesión de Ramírez. La carta estaba firmada con la inicial de Carmen.

Previamente, pocos días antes, Carlos dijo á su amigo que debía perder toda esperanza respecto al amor de Carmen, puesto que ésta tenía un novio á quien su padre protegía.

herido el brazo izquierdo. A pesar del dolor y no queriendo comprometer á Carmen con su presencia, oprimiéndose la herida con la mano derecha, abandonó el jardín y pudo llegar hasta la quinta que poseía á corta distancia de la de Ramírez.

Aquel mismo día había recibido Carmen una carta firmada por Ernesto, en la que éste manifestaba que si algún día, como sus ojos la habían dicho, la amaba, en vista del proceder usado por su padre con él, la despreciaba, y que aquella

noche á las ocho se casaba en la iglesia de... con una mujer más digna que ella. Irritada Carmen por semejante ofensa, abandonó la posesión, y quedó sorprendida cuando al llegar á la iglesia citada, no encontró nada de lo que se la decía en su carta.

Ernesto, así por efecto de la herida cuanto por lo que creyó presenciar en el jardín, estuvo cerca de dos meses luchando con la muerte.

día, en una cacería, á que ambos estaban invitados y á la cual debían asistir Carmen y su padre. En un sitio de antemano convenido, estaría un criado de Ernesto con las espadas.

Separados los dos jóvenes de los demás cazadores, se encontraron, y Ernesto, quedándose en mangas de camisa, mostró á Carlos su brazo vendado todavía, diciéndole: —¡Como esta sangre, pide sangre, y el honor de una señora está



En este espacio, Carlos, consiguió que finalmente Ramírez le diese su consentimiento para casarse con su hija. Pero no había contado con la camarera á quien engañó, y que se fué á ver á Ernesto y le reveló cuanto había pasado.

Un día, cuando Carlos estaba en su despacho, situado en la planta baja de la casa que habitaba, vió descender de su carruaje á Ernesto. La escena que, entre los dos tuvo lugar fué tan breve como fuerte. Quedaron en verse el siguiente

por medio, es necesario que esta carta se encuentre sobre el cuerpo del que aquí se quede!

Y mostró la que llevaba escrita.

Pero en aquel momento surgió una tercera persona con quien no contaban, que era Carmen, á quien su camarera se lo había relatado todo.

A Carmen la acompañaba su padre.

El duelo ya no tuvo lugar; pero dos meses después, Carmen daba su mano á Ernesto y Carlos se vió obligado á ausentarse de Valladolid.

D. Genaro

—No puedo redactar nunca una noticia de este género sin que me sienta afectado; me tiembla el pulso y se me pone la piel de carne de gallina,—decía Manolo Sánchez á sus compañeros

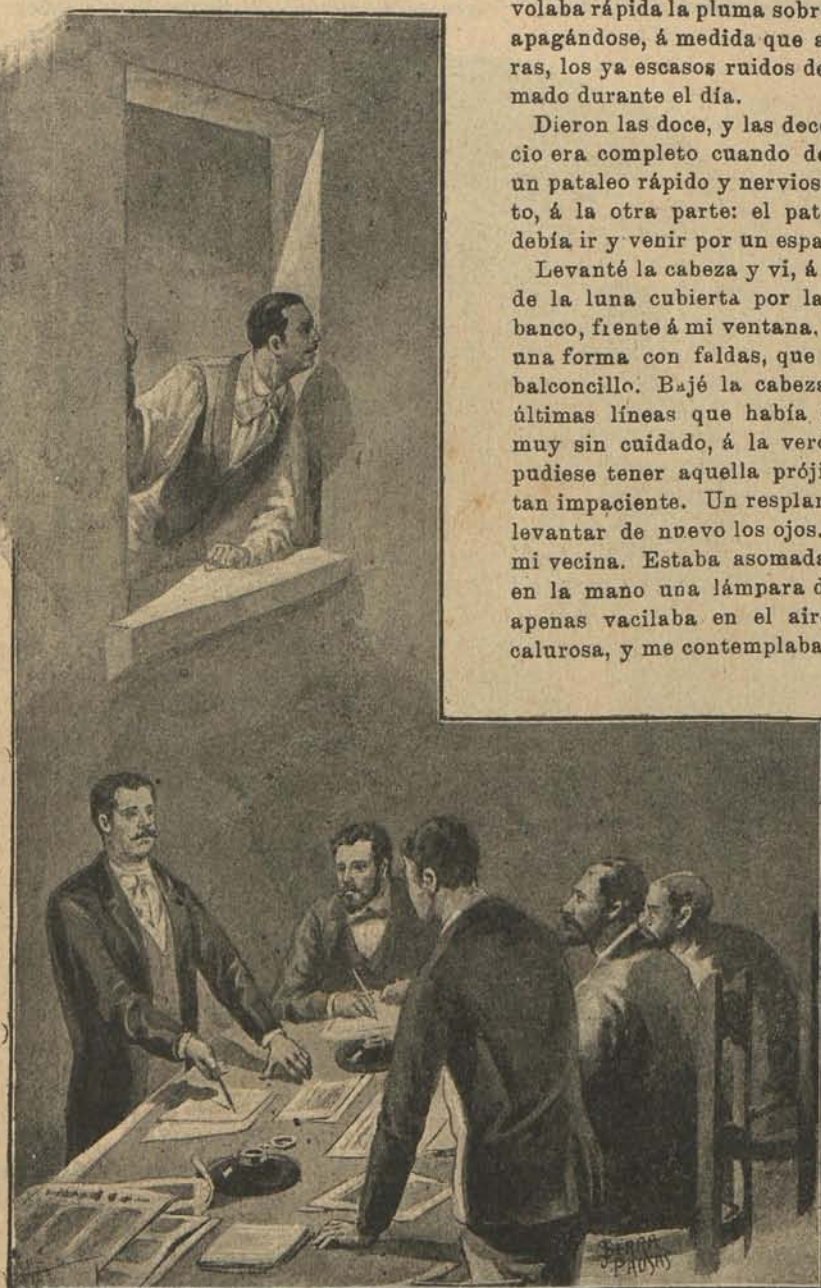
había alquilado en la calle del Noviciado un cuarto quinto interior, lo suficiente para mí, en baratura y espacio, y aquella misma noche, sobre la mesa cubierta aún de polvo, me puse á escribir, por ser urgente el trabajo que tenía que terminar.

Había dejado abierta la ventana, á causa del sofocante calor que se dejaba sentir, y mientras volaba rápida la pluma sobre las cuartillas, iban apagándose, á medida que adelantaban las horas, los ya escasos ruidos de mi barrio, tan animado durante el día.

Dieron las doce, y las doce y media. El silencio era completo cuando de pronto oigo como un pataleo rápido y nervioso encima de mi cuarto, á la otra parte: el pataleo de alguien que debía ir y venir por un espacio muy pequeño.

Levanté la cabeza y vi, á la confusa claridad de la luna cubierta por las nubes, en el sotabanco, frente á mi ventana, una forma indecisa, una forma con faldas, que daba vueltas por un balconcillo. Bajé la cabeza y volví á leer las últimas líneas que había escrito, trayéndome muy sin cuidado, á la verdad, los motivos que pudiese tener aquella prójima para mostrarse tan impaciente. Un resplandor súbito me hizo levantar de nuevo los ojos. Había reaparecido mi vecina. Estaba asomada al balcón, llevando en la mano una lámpara de petróleo, cuya luz apenas vacilaba en el aire de aquella noche calurosa, y me contemplaba sonriendo.

La miré sin empacho. Era una joven de unos veinticinco años, con la cara de criada, los cabellos recogidos en rodete detrás de la cabeza, las mejillas relucientes y encarnadas: uno de esos cutis de cocinera, barnizados y enrojecidos al fuego de los fogones. Llevaba una camiseta de percal azul celeste, falda de lana oscura, y



de redacción, después de escrita una gacetilla dando cuenta de un suicidio.—Y la razón es muy sencilla,—continuó.—Hablo de cinco años atrás. Cansado de mudar de casas de huéspedes,

continuaba mirándome y sonriéndome, haciéndome con su mano libre, sus labios, sus nariz y sus párpados gestos tranquilizadores, guiños de firme esperanza, toda una mímica, indicando

que no sentía ninguna inquietud, que estaba muy tranquila y que indudablemente llegaría, á no tardar, un ser desconocido, al que señalaba con su índice en el fondo del patio.

Por mi parte, también continué mirándola, involuntariamente, fascinado, palpitándome con violencia el corazón, apretados los labios, con esa gravedad llena de temor que se experimenta á veces al fijarse uno en las sonrisas insignificante de los locos ó de los niños. A pesar de mi angustia, á pesar del malestar que me ocasionaba aquel absurdo tope á tope, aquel inútil y estúpido mirarnos de hito en hito, no podía yo quitar los ojos de la mujer del sotabanco, no podía levantarme de mi silla, y allí me estuve hasta que desapareció de nuevo con la lámpara, quedando otra vez el balconcillo sumido en las tinieblas.

Entonces sí que me levanté corriendo, cerré la ventana, me desnudé á oscuras y traté de dormir, en medio de las más horribles pesadillas.

Al día siguiente, en cuanto me desperté, bajé á ver á la portera y le pregunté quién era la inquilina que vivía en el sotabanco.

Apenas hube dicho las primeras palabras, cuando me interrumpió:

—¡Ah! Conque ¿ya ha visto usted á la loca, señorito?

—¿Es una loca? ¡Ya me lo figuraba yo! Pero ¿cómo el casero consiente, si está loca, en...?

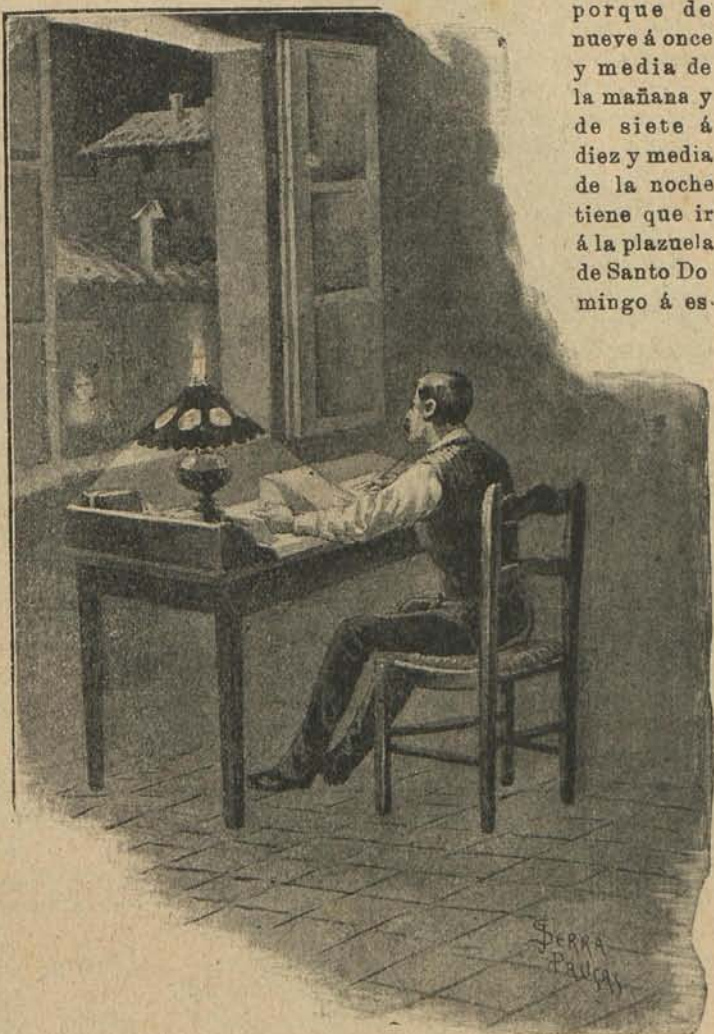
La portera repuso:

—Sí, pero es una loca que no da nada que temer: es muy pacífica. Todo le viene de un disgusto. Ama á un caballero, á D. Genaro, como dice ella, un señor de bigotes rubios á quien dice vió una vez en casa de los amos en que estuvo tres años sirviendo de cocinera. Le encontró en el recibimiento, de paso, y según parece, jamás él le había dicho una palabra; pero ello es que la Dolores se metió en la cocina, muy pálida, y contó que se iba á casar con él, que se lo había jurado. ¡Había perdido la chaveta viendo á aquel señor! Y no ha vuelto á ponerse buena desde entonces. Lo dejaba todo á lo mejor, á la hora de sentarse á la mesa, diciendo que

tenía que ir á ver á D. Genaro, que la esperaba en la plazuela de Santo Domingo. Y se marchaba, pues, sí, señor, dejando que se pasara la sopa y que se quemara el principio. Le daba como un arrebató en la cabeza. No se le podía hacer entrar en razón, y ¡claro!, los señores la pusieron de patitas en la calle.

—¿Y ahora?

—Ahora está de asistenta; pero sólo por medios días, porque de nueve á once y media de la mañana y de siete á diez y media de la noche tiene que ir á la plazuela de Santo Domingo á es-



perar á D. Genaro, que ha de llevarla á la vicaría. Por lo demás, es una buena chica, incapaz de hacerle daño á una mosca. No debe usted inquietarse para nada, señorito. Escuché con interés á mi portera, y repuse:

—Bueno; pero, de todas maneras, es muy aburrido sentir por las noches aquel pataleo.

—Es que, señorito, eso no sucede todas las noches, sino solamente cuando no ha podido hablar con los guardias de la plazuela, que la conocen todos y la tranquilizan diciéndole que

se retire y que han visto pasar á D. Genaro, que debe estar en su casa esperándola. Entonces se vuelve, se acuesta y no se menea en toda la noche.

—Bueno: veremos,—respondí.—Gracias y usted dispense, portera.

Subí de nuevo á mi cuarto quinto, acabé de arreglarme, y resultó que cuando me disponía

de claveles, yendo de una acera á otra, corriendo así que se detenía un coche ó llamando á éste ó al otro transeunte, creyendo fuese D. Genaro.

Pasó por delante de mí varias veces, sin reconocermé. No se fué hasta que dieron las once y media en el reloj de Palacio. Miré como se alejaba; íbase pesadosa, volviéndose á cada momento, esperando aún.



á reanudar mi trabajo me encontré absolutamente incapacitado para escribir una línea. Perseguíame la imagen de aquella pobre mujer, que debía hallarse á la sazón dando vueltas por la plazuela en busca de su fugitivo Eneas, de su perdido D. Genaro. Por fin, al cabo de una hora de empeñarme en vano de trabajar, cogí el sombrero y me fuí á la plaza de Santo Domingo.

Efectivamente, allí estaba en acecho mi vecina, vestida con ropa de fiesta, la cabeza llena

Habían transcurrido quince días desde la noche de mi instalación. El tiempo había refrescado, y tanto por eso como por temor á verme perturbado por la pantomima de la Dolores, trabajaba de noche, teniendo bien cerrada la ventana y corrido el transparente. La portera, á su vez, radiante de satisfacción, no dejaba de decirme cada mañana al bajar:

—¿Qué tal, señorito? ¿No le decía yo á usted? Ya ve usted como la pobre loca no molesta á nadie.

Una noche, al volver del café, sería la una y media, vi á mi vecina asomada al balconcillo, como la primera vez, con la lámpara en la mano. Observé, sin embargo, que iba ahora mejor peinada que entonces; llevaba un cuerpo de seda carmesí, falda negra, y en la cabeza una rosa blanca. Prestaba oído con mucha atención, como si esperase á alguien que debiese ir á buscarla. Asomábase á cada momento al Patio, se llevaba la mano al oído, como para recoger mejor cualquier rumor. De repente brilló en sus labios una sonrisa y se retiró precipitadamente á su cuarto.

—Vamos: se ha creído que ya sube D. Genaro, que pronto va á llamar á su puerta.

Pero no era eso, sino que volvió en seguida. Había dejado la lámpara en el suelo, y su resplandor, me permitió ver que Dolores se ponía precipitadamente la mantilla y se abrechaba los guantes, mientras sus labios se mo-

vían balbuceando palabras ininteligibles.

¡Lo adiviné! Abrí la ventana, quise gritar, pero se me anudó la voz en la garganta. Pasó las piernas sobre la baranda, sonriendo, y saltó en el vacío. Oí un ruido tremendo, como el que ocasionara la caída de una cómoda, ruido de huesos que se hacían astillas, de carnes que se magullaban. Había ido á reunirse con D. Genaro.

—Queda usted dispensado en lo sucesivo, amigo Sánchez,—dijo el redactor-jefe,—de escribir más gacetillas dando cuenta de sucesos de esta clase.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

Tenía los ojos muy brillantes, de expresión bondadosa y vivaz, y su mirada seducía á la vez que alarmaba. Cuando se quitó el gran casacón que llevaba, puso sobre la mesa un par de magníficas pistolas con incrustaciones de plata, y pude ver que de su cinto pendía una grande espada. Sus modales tenían cierta elegancia, y habló con el capitán cortesmente. Desde luego pensé que preferiría más bien ser amigo que enemigo de aquel hombre.

El capitán hacía también sus observaciones, pero fijábase en el traje del desconocido más que en su persona. No le faltaba razón para ello, pues apenas se hubo despojado aquél del casacón, su elegancia contrastó singularmente con el atavío de todos los que le rodeábamos. Llevaba un sombrero adornado con plumas, chupa encarnada, calzón de terciopelo negro y casaca azul con botones de plata, todo de la mejor calidad, pero algo deslucido por la humedad de la niebla.

—Siento mucho lo ocurrido,—dijo el capitán.

—Algunos hombres de bien se han ido al fondo del mar,—repuso el desconocido,—y os aseguro que preferiría mejor verlos en tierra firme que salvar una docena de botes.

—¿Eran amigos vuestros?—preguntó el capitán.

—Sí,—contestó el otro;—pero no como los que podríais tener en vuestro país, porque esos infelices hubieran dado por mí sus vidas.

—Está muy bien,—replicó Hoseason;—pero advertid que en el mundo hay más hombres que botes para embarcarlos.

—Eso es verdad,—replicó;—me parecéis hombre de mucha penetración.

—He estado en Francia,—repuso el capitán con un tono que parecía indicar más de lo que sus palabras expresaban.

—Lo mismo podrían decir otros muchos,—replicó el desconocido.

—Sin duda,—contestó Hoseason;—y algunos de ellos personas de cuenta.

—¿Cómo!—exclamó el extranjero poniendo rápidamente su mano sobre las pistolas.—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada de arrebatos, caballero,—repuso el otro;—no hagáis ningún disparate inútil. Vestís la casaca militar francesa y habláis como un

escocés; pero otros muchos se hallan en el mismo caso hoy día.

—¿Es decir que sois del partido honrado?—(queriendo decir con esto que era jacobita, pues en aquellas contiendas civiles, cada partido se juzgaba el más honrado).

—Yo,—replicó el capitán,—soy un verdadero protestante, y doy gracias á Dios por ello.

Esta era la primera vez que oía al capitán hablar de religión, pero después supe que iba mucho á la iglesia cuando estaba en tierra.

—Pues quiero hablaros con franqueza,—dijo el desconocido.—Yo soy uno de aquellos fieles caballeros que tomaron parte en las luchas civiles hace cinco años; y confieso que si cayera en manos de los de la casaca encarnada, seguramente lo pasaría mal. Ahora bien: me dirigía á Francia, y al efecto debía cruzar por aquí un buque para conducirme; pero ha pasado sin vernos á causa de la niebla, y os juro que me daría por muy contento si hubiese sucedido lo mismo con el vuestro. De todos modos, ya no tiene remedio; pero si queréis dejarme en tierra en el punto á que me dirigía, llevo lo suficiente para recompensar bien vuestro trabajo.

—¿A Francia?—preguntó el capitán.—No, caballero; yo no puedo hacer eso. Y ¿no se puede saber de dónde venís?

Al decir esto, Hoseason me miró casualmente, y enviéme á la cocina para preparar la cena del desconocido. La orden me contrarió; pero despaché lo antes posible, y cuando volví á la cámara observé que el caballero acababa de quitarse un cinto, del que sacó unas guineas. El capitán fijó primero una mirada de codicia en las guineas, después en el cinturón y por último en el desconocido, y parecióme que se excitaba.

—¡Dadme la mitad de todo eso,—exclamó,—y estoy dispuesto á servirlos.

Por toda contestación el extranjero volvió á guardar las monedas y sujetóse el cinto debajo de su chupa.

—Yo os he indicado,—dijo,—que no me pertenece ni un cuarto de todo eso. Es de mi amo,—añadió llevándose la mano al sombrero;—y si bien fuera locura no tomar una pequeña parte para salvar el resto, en cambio tampoco consentiré en comprar mi vida á un precio exorbitante. Os daré treinta guineas si me dejáis en tierra, ó sesenta si me conducís á Linnheloch. Aceptad si os conviene, y, si no, haced lo que os plazca.

—Y ¿si os entregara á los soldados?—preguntó Hoseason.

—Haríais una necedad. Los bienes de mi jefe están confiscados, como todos los de la gente honrada de Escocia; sus propiedades se hallan

en poder del titulado rey Jorge, y los oficiales de éste son los que cobran ó tratan de cobrar las rentas. El dinero que llevo es parte del que ese monarca busca, y yo debo entregarlo á su legítimo dueño. Me parecéis hombre que puede comprender bien estas cosas, y no se os ocultará que si ponéis mi oro en manos del Gobierno, sólo recibiréis una muy pequeña parte.

—Seguramente,—replicó el capitán,—si yo diese á conocer la procedencia; mas creo que en este punto podría callarme.

—¿Cómo se entiende?—gritó el caballero.—Debo advertiros que si tratáis de ser falso conmigo, sabréis quién soy; y si alguien se atreve á poner la mano sobre mí, no le arriendo la ganancia.

—Muy bien,—contestó el capitán,—lo que ha de ser que sea: me daréis las sesenta guineas y trato concluido. Aquí están esos cinco.

—Tomad los míos.

Hoseason se alejó algo apresuradamente á mi modo de ver, y dejéme solo en la cámara con el extranjero.

En aquella época, poco después del año 1745, muchos caballeros desterrados iban, con peligro de sus vidas, á ver á sus amigos ó á recoger algunos recursos; y en cuanto á los jefes escoceses, cuyos bienes se hallaban confiscados, era asunto de todas las conversaciones cómo podrían arreglarse sus vasallos ó partidarios para proporcionarles el dinero que necesitaban, burlando la vigilancia de la soldadesca. Yo había oído hablar de todo eso, y en aquel instante tenía á mi vista un hombre cuya vida estaba en peligro, no sólo porque era un rebelde y defraudador de rentas, sino porque se había puesto al servicio del rey Luis de Francia. Y como si todo no fuera bastante, llevaba un cinto lleno de guineas de oro. Atendidas tales circunstancias, aquel extranjero me inspiraba el mayor interés.

—¿Conque sois jacobita?—preguntéle cuando se hubo sentado á la mesa.

—Sí,—contestó comenzando á comer;—y á juzgar por esa cara tan larga que ponéis, yo diría que pertenecéis al partido *whig* (1).

—Sí y no,—contesté para no enojarle; pues, á la verdad, tenía todas las ideas de *whig* en que el Sr. Campbell pudo imbuirme.

—Bien, eso importa poco,—repuso el caballero.—Y, á propósito, ved que esa botella está vacía: si he de pagar sesenta guineas, no es justo que me escatimen así un trago.

—Voy á pedir la llave,—contesté.

Y salí apresuradamente á cubiérta.

La niebla no se había desvanecido, pero la mar era menos gruesa; y como se ignoraba dónde estábamos, Hoseason había dado orden de mantenernos al paio. Algunos marineros seguían escuchando con atención á fin de evitar los arrecifes; pero el capitán y los dos oficiales estaban á la otra banda, discutiendo al parecer vivamente. Parecióme, no sé por qué razón, que aquellos hombres tramaban algo, y la primera palabra que oí, al acercarme silenciosamente, confirmó mis sospechas.

El Sr. Riach decía en aquel momento, como si hubiera tenido una idea repentina:

—¿No podríamos hacerle salir de la cámara?

—Mejor está allí,—contestó el capitán;—porque no tendrá suficiente terreno para esgrimir el acero.

—Es verdad,—replicó Riach;—pero será duro de pelar.

—Podremos trabar conversación con el hombre, colocándonos uno á cada lado, y sujetarle los brazos á una señal, sin darle tiempo para desenvainar el espadón.

Al oír esto experimenté á la vez temor y cólera: la traición de aquellos hombres codiciosos y sedientos de sangre me indignaba, y mi primera intención fué alejarme; pero me contuve, concibiendo al punto un plan atrevido.

—Capitán,—dije acercándome de pronto;—el caballero quiere beber y ya no hay más vino en la botella. ¿Me daréis la llave?

Todos se volvieron hacia mí.

—Aquí tenemos al que podrá traernos las armas de fuego,—dijo Riach.—¿Sabes dónde están las pistolas?—añadió.

—¡Oh! David es un buen muchacho,—añadió el capitán.—Mira,—dijo acercándoseme más;—ese hombre que se nos ha colado á bordo es muy peligroso para el barco, y además es enemigo del rey Jorge.

Hoseason no me había hablado nunca con tanta amabilidad desde que estaba en el *Covenant*; pero, sin darme por entendido, contesté á todo afirmativamente, como si cuanto oía me pareciese muy natural.

—El caso es,—continuó el capitán,—que todas nuestras armas de fuego están en la cámara, en manos de ese hombre, y la pólvora también. Si yo ó uno de los oficiales vamos á buscarlas, el extranjero sospechará algo; pero si vas tú, David, podrás llevarte una ó dos sin llamar la atención. Si lo haces así disimuladamente, lo tendré en cuenta cuando lleguemos á la Carolina, que es donde necesitarás amigos.

Riach habló dos palabras al oído del capitán.

—Está muy puesto en razón,—dijo Hoseason. Y añadió, dirigiéndose á mí:

—Escucha, David: ese hombre lleva un cin-

(1) Así se llamaba á todos aquellos que permanecían leales al rey Jorge.

turón lleno de oro, y te doy palabra de que tocarás una parte del contenido.

Aunque apenas tenía aliento para hablar, contesté que haría lo que se me mandase, y entonces el capitán me dió la llave para sacar más vino y dirigíme lentamente á la cámara. ¿Qué debía yo hacer? Aquellos hombres eran unos infames y unos ladrones. Habíanme arrebatado de mi país, habían asesinado á bordo al pobre Ransome, y ahora querían que yo fuese cómplice de otro asesinato. En cambio, el peligro de perder la vida era evidente, pues un muchacho y un hombre, aunque fueran intrépidos como leones, nada podrían hacer contra toda una tripulación.

Iba pensando ya todas las probabilidades en pro y en contra, sin saber por qué partido decidirme, cuando al entrar en la cámara ví al jacobita cenando tranquilamente, y esto bastó para que tomara mi resolución al punto. Maquinalmente, y sin saber apenas lo que hacía, dirigíme á la mesa, puse la mano sobre el hombro del caballero, y le dije:

—Se trata de mataros.

Púsose en pie con un rápido movimiento, é interrogóme con la mirada tan claramente como si hubiera hablado.

—¡Oh!—exclamé.—Aquí todos son asesinos. Hace muy poco que han dado muerte á un grumete, y ahora parece que os toca á vos.

—¡Hola, hola! ¿Eso pretenden? Pues aún no me tienen.

Y mirándome con curiosidad añadió:

—¿Os pondréis de mi parte?

—Sí,—contesté,—porque no soy ladrón ni asesino.

—¡Bravo! ¿Cómo os llamáis?

—David Balfour...—respondí.

Y pensando que al caballero le agradaría tratar con gente de su clase, pronuncié el apellido de *Saws*.

Seguramente no dudó de mí, porque el *higlander* está acostumbrado á ver á los más encoquetados nobles en la mayor pobreza; pero tal vez le parecieran mis palabras un exceso de vanidad.

—Yo me llamo Stewart,—dijo el caballero,—pero me conocen con el nombre de Alan Breck; nombre de rey que no me disgusta del todo, por más que tenga mis razones para creer que no me sienta mal.

Así diciendo, dirigí una mirada á su alrededor como para buscar los medios de defensa.

La cámara era de construcción muy sólida, propia para sufrir los embates del mar, y de sus cinco aberturas, solamente la claraboya y las dos puertas eran suficientemente grandes para dar paso á un hombre; pero estas últimas se

podían cerrar bien, eran de roble y estaban provistas, además, de buenos cerrojos. Una de ellas permanecía cerrada, y la atranqué; pero cuando iba á cerrar la otra, Alan me detuvo.

—David,—dijo,—esa puerta abierta será nuestra mejor defensa.

—Pues creo que más seguro sería aún cerrarla.

—No, David,—contestó,—estáis en un error, pues con la puerta abierta podré ver mejor á mis enemigos y saber á qué atenerme.

Dicho esto eligió cuidadosamente entre las armas y me dió una navaja, refunfuñando que jamás había visto armas tan pobres; y acto continuo hizome sentar á la mesa con un frasco de pólvora á mi alcance y un saco de balas, ordenándome que cargase todas las pistolas.

—Mejor ocupación es esa para una persona de noble alcurnia,—díjome el caballero,—que no la de fregar platos, mezclándose con semejante gente.

Alan se colocó entonces en el centro de la cámara frente á la puerta, y desnudando su espada, ensayóse en esgrimirla.

—Será preciso,—murmuró,—limitarme á la estocada, y es una lástima, porque prefiero los tajos; pero, en fin, ya nos arreglaremos. Por de pronto seguid cargando las pistolas y estad atento á mi voz.

Prometí hacerlo así, pero en aquel instante hallábame turbadísimo. Sentía una grande opresión de pecho y la boca seca, pareciéndome que todo se oscurecía á mi alrededor. Al pensar en los muchos hombres que iban á caer sobre nosotros, mi corazón se estremecía; y al ver el mar, pensé que mi cuerpo sería botado al agua á la mañana siguiente.

—En primer lugar,—dijo el extranjero,—¿cuántos serán contra nosotros?

—Quince,—contesté.

—Bueno,—repuso Alan poniéndose á silbar;—esto se arreglará de otra manera. Yo me encargo de esa puerta, donde empeñaré la batalla; y os prevengo que no hagáis fuego por aquí si no me veis caer, pues mejor quisiera tener diez enemigos enfrente que un amigo disparando pistoletazos á mi espalda.

—He de advertiros,—contesté,—que no soy tirador.

—Muy bien hablado,—replicó Alan admirando mi candidez.—Muchos caballeros conozco yo que no hubieran querido confesar otro tanto.

—Advertid también,—repuse,—que tenemos una puerta detrás y que tal vez la derriben.

—¡Ah!—exclamó.—Pues de esa os encargáis vos. Apenas se hallen cargadas las pistolas, colocaos junto á la ventana; y al primero que levante la mano para tocar la puerta fuego en él. ¿Qué más se ha de guardar?

—Tenemos la claraboya,—contesté,—y á decir verdad, yo necesitaría más ojos para vigilar los dos puntos, pues cuando mire á la puerta no veré la claraboya.

—Tenéis razón,—dijo Alan;—pero supongo que no os falta oído.

—Claro que no: tengo finísimo el oído.

—Que me place. Yo también tengo algunos rudimentos de ese sentido,—replicó Alan espantosamente.

X

EL ASEDIO DE LA CÁMARA

Llegaba el momento de terminarse la tregua. El capitán y sus oficiales, que me esperaban en la cubierta, debieron impacientarse al fin, y apenas acababa de hablar Alan, vimos á Hoseason acercarse á la puerta.

—¡Alto!—gritó el caballero amenazándole con la punta de su espada.

El capitán se detuvo, pero sin retroceder un paso.

—¡Vaya una manera como tenéis de corresponder á la hospitalidad!—dijo.

—Miradme bien,—contestó el caballero;—desciendo de reyes y llevo el nombre de rey, y esta espada ha cortado más cabezas que dedos tenéis en los pies. ¡Llamad á vuestra canalla para que os ayude, y acabemos de una vez! Cuanto más pronto comenzaremos, antes podréis probar en vuestros pellejos el acero de mi espada.

El capitán no contestó, y limitóse á fijar en mí una mirada siniestra.

—David,—dijo con un acento que me hizo estremecer;—ya te lo tendré en cuenta.

Y alejóse silenciosamente.

—Ahora,—dijo Alan,—la mano ligera y serena la cabeza.

El caballero desenvainó un puñal que tenía en la mano izquierda por si acaso alguno conseguía escurrirse debajo de su espada, y por mi parte empuñé dos pistolas y abrí la ventanilla que debía vigilar. El mar comenzaba á serenarse, y el viento era tan ligero que apenas agitaba las velas; de modo que en el buque reinaba gran silencio, aunque yo oía perfectamente un sordo rumor de voces. Poco después percibí un ruido metálico en la cubierta: sin duda sacaban los cuchillos en aquel momento, y uno de ellos había caído.

Yo no sé si era miedo lo que tenía, pero sentía latir mi corazón apresuradamente, y por más que me restregaba los ojos, tenía la vista ofuscada. En cuanto á esperanzas, no me quedaba ninguna, pero sí una especie de cólera contra

todo el mundo que me estimulaba á defender mi vida, vendiéndola todo lo cara que fuese posible. Recuerdo que traté de rezar, mas era tal mi agitación, que no pensaba en lo que decía. Mi único afán era comenzar la lucha y concluir la cuanto antes.

No hube de esperar mucho. De repente oí un ruido de pisadas y gritos, una exclamación de Alan, rumor de golpes, y un lamento como de alguien que estuviese herido. Volví la cabeza y pude ver en la puerta al Sr. Shuan que cruzaba el acero con el desconocido.

—¡Ese es el que mató al muchacho!—grité.

—Atención, á vuestra ventana,—exclamé Alan.

Y en el momento de volver la cabeza vile atravesar con su espada el cuerpo del piloto.

Tiempo era de que volviese á mi ventana, pues apenas asomé la cabeza, vi á cinco hombres que avanzaban con una verga á fin de servirse de ella como de un ariete para derribar la puerta. Yo no había disparado nunca una pistola, y pocas veces había cogido una escopeta, y jamás contra un ser humano; pero en aquel instante no podía vacilar, y cuando ya estaban cerca hice fuego.

Sin duda herí á uno de los hombres, pues profirió un grito y retrocedió un paso, mientras que los demás parecían vacilar. Antes de que volvieran en sí, disparé el segundo tiro, y después el tercero, y los que no cayeron alejáronse apresuradamente.

Entonces dirigí una mirada á mi alrededor, aturrido aún por el estruendo que oía. La cámara estaba llena de humo de la pólvora, pero pude ver al caballero firme en el umbral de la puerta y defendiendo intrépidamente el paso. Por la hoja de su espada corría la sangre hasta la empuñadura; y en aquel momento, enorgullecido por el triunfo, tenía la actitud de un invencible héroe. A sus pies estaba Shuan, sosteniéndose con manos y rodillas, pálido como la cera y arrojando sangre por la boca. Varios hombres que estaban detrás cogieron por los pies y le arrastraron, y creo que entonces murió.

—¡Ya tenemos despachado á uno!—gritó Alan.

Y, volviéndose hacia mí, preguntóme cuántos había matado.

Contestéle que había herido á uno, que en mi concepto era el capitán.

—Pues yo he dado cuenta de dos,—contestó el caballero;—pero aun no se ha vertido bastante sangre, y seguramente volverán á la carga. Alerta, David: esto no ha sido más que un trago antes de comer. ¡Ojo y oído!

(Se continuará.)

UN MOTÍN Á BORDO DEL "FRANCK N. THAYER"

Una mañana del mes de enero los habitantes de Jamestown (Santa Elena), quedaron admira-

paban resultaron ser el capitán R. Clarke, del *Frank N. Thayer*, buque americano de 1.600 toneladas, procedente de Manila, con cargamento de cáñamo para el mercado de Nueva York, su esposa é hijo y catorce marineros.



dos al ver llegar una canoa con diez y siete personas más ó menos desfallecidas: los que la ocu-

Dada cuenta de lo ocurrido, resultó tratarse de un hecho de los más trágicos que se habían

conocido desde el motín del *Flowery Land*, de un episodio más horrible que ninguno de los que se recordaban en el mar.

Hé aquí la declaración del mismo capitán Clarke:

En la noche del sábado, 2 de enero, á las doce de la noche, el buque se hallaba á unas 700 millas al sudeste de Santa Elena navegando á favor de una fuerte brisa. El cielo estaba sereno y estrellado, y á bordo del buque reinaba la más completa tranquilidad.

A eso de las diez, el capitán Clarke había bajado á su camarote y quedó dormido, habiendo encargado antes la maniobra á los pilotos primero y segundo, sin sospechar ni remotamente la sangrienta tragedia tramada tan sólo por dos hombres, dos filipinos que se habían embarcado en Manila.

El capitán despertó de pronto, pareciéndole haber oído un grito, y, en la duda de si soñaba, incorporóse y escuchó. Durante un momento, el silencio fué profundo, pero después el capitán percibió, no otro grito, sino fuertes voces que prorrumpían en acentos de cólera, un gran ruido y pisadas en la cubierta.

Seguro de que ocurría algo grave, el capitán se disponía á salir de su camarote, cuando de pronto oyó que le gritaban: «—¡Capitán Clarke! ¡Capitán Clarke!» Entonces abrió la puerta y vió á un hombre que bajaba por la escalerilla tropezando y que al llegar al último escalón cayó exánime.

Sin detenerse á ver si aquel hombre estaba muerto ó no, el capitán, seguro de que aquélla era una parte del drama, se precipitó hacia la escalera en paños menores y sin arma alguna. La más ligera reflexión le hubiera hecho comprender que aquello era una imprudencia; pero ya no había tiempo para detenerse á pensar. Apenas llegó á lo alto de la escalera, recibió una cuchillada á un lado de la cabeza, y en medio de la oscuridad una mano le cogió de la garganta.

El capitán vaciló, pero cogiendo al agresor y acercándole á sí, vió que era uno de los indios. Entonces, sospechando lo que ocurría, descargó tan tremendo puñetazo en el rostro de su enemigo, que la sangre saltó al punto, cegándole por de pronto completamente. Nadie llegaba en su auxilio, y, por lo tanto, el capitán sospechó que tal vez no hubiese nadie sobre cubierta. El oficial de guardia, sin embargo, debía haber dado la señal de alarma, impidiendo el motín desde luego; pero, según se supo después, quedó sobrecoigido de tal pavor, que ni siquiera le fué dable gritar.

En la lucha, que había continuado en la escalera, el pie del capitán resbaló, y éste y su contrario bajaron rodando. El indio había descar-

gado ya varios golpes, hiriendo una vez en el costado al capitán, que no podía hacer otra cosa sino menudear los puñetazos. Por fin, Clarke, aunque, al parecer, debilitado por la pérdida de sangre, hallábase á punto de dominar á su agresor, cuando resbaló de nuevo al sentar el pie sobre la sangre y cayó de cabeza en el camarote. El manilo, creyendo, sin duda, que su contrario había muerto, al verle caer pesadamente, no se aprovechó de su ventaja y volvió á subir la escalera. El capitán, sin embargo, tuvo fuerzas suficientes para levantarse y cerrar la puerta, mientras que su esposa le daba un revolver.

No se veía ya al indio; más reconociendo que se desangraba rápidamente, el capitán llamó con todas sus fuerzas al piloto, que debía estar aún sobre cubierta.

—¡Maloney! ¡Maloney!—gritó.

Solamente contestó una voz débil.

El capitán le gritó que cerrase la puerta de la escalerilla.

—No puedo, capitán,—respondieron.

—¿Por qué?

—Porque hay alguien allí.

—¿Quién es?

—No lo sé.

Era evidente que aquel interlocutor temblaba de miedo y que no podía esperarse ningún auxilio de él.

El capitán en su consecuencia, cerró la puerta del pasadizo que conducía al camarote y ocupóse en adoptar los medios para atender á la seguridad de su esposa y de su hijo. Desde luego no podía pensar en librar el resto de la tripulación; pues, en primer lugar, era muy posible que los más se hubiesen amotinado.

De repente volvió á oír pasos en la escalera, y un hombre bajó, al parecer, rodando. El capitán abrió la puerta de nuevo, con la esperanza de hacer fuego sobre el indio; pero en vez de éste vió á un hombre de la tripulación, llamado Hendriesen, que temblaba como la hoja en el árbol y parecía poseído de terror.

—¡Oculteme usted, capitán, ocúltame usted!—balbuceó.

El capitán, cubriéndole con su revolver, preguntó que ocurría; más el infeliz, incapaz de dar noticia alguna, repetía las mismas palabras.

Temeroso de una traición y de cada vez más débil, el capitán volvió á cerrar la puerta, dejando al hombre donde estaba, y después sentóse sobre una esterilla, colocándose en un ángulo del camarote, desde donde podía dominar las ventanas y la puerta con su revolver.

Entretanto, la esposa de Mr. Clarke, que no había perdido nunca la presencia de ánimo, comenzó á restañar la sangre de la herida, aplicando luego un vendaje. En el cuerpo y en la

cabeza hubo de curar también varias cuchilladas, algunas bastante profundas.

Mientras se ocupaba en esto, los dos manilos

El capitán viendo que la pierna de uno de los amotinados se introducía poco á poco por la abertura de la ventana, disparóle sucesivamente



aparecieron en una de las ventanas del camarote y rompieron los cristales, oyéndose después la voz del uno que excitaba al otro á entrar.

dos tiros, lo cual bastó para que los dos malvados, que, sin duda, creían al capitán muerto, se alejaran de allí profiriendo horribles blasfemias.

Era el primer descalabro que habían sufrido, pues proponíanse entrar en el camarote del capitán para apoderarse de las armas de fuego y acabar antes con la tripulación.

Veamos ahora lo que entretanto sucedía en otras partes del buque.

Por extraordinario que parezca, la verdad del hecho es que el motín se limitó desde un principio hasta el fin á los dos indios embarcados en Manila. A uno de ellos le había correspondido la guardia con el piloto, y, de consiguiente, los dos pudieron combinar su infernal proyecto. Lo único que se observó fué que el indio que debía entrar de guardia antes de media noche bajaba



á cubierta desde el castillo de popa antes de la hora señalada.

Cuando se cambió la guardia, y mientras los dos pilotos estaban hablando tranquilamente, se presentaron de pronto los dos indios y sorprendieronles, diciendo uno de ellos que estaba enfermo; pero antes de que pudieran contestar, los dos manilos se arrojaron sobre ellos y les cosieron á cuchilladas. Sin embargo, el segundo piloto pudo arrastrarse hasta el camarote del capitán, como ya hemos visto, y llamarle dos veces; pero poco después murió, mientras que su compañero sucumbía en el castillo de popa tres horas después.

Los marineros que estaban también de guardia habíanse alarmado al oír aquel ruido, y de pronto vieron al primer piloto que se dirigía hacia ellos diciendo que era hombre muerto. Al-

gunos recogieron al herido para llevarle acto continuo al castillo de popa, mientras los demás hombres huyeron poseídos de pánico.

Hé aquí lo que declaró el marinero Roberto Sonnberg, uno de los que ayudaron á conducir al primer piloto mortalmente herido:

«—Poco después dejamos al moribundo custodiado por tres hombres en el castillo de popa, y yo, con otros ocho tripulantes armados de barras, fuimos á ver lo que sucedía. Muy pronto nos cerraron el paso los dos indios embarcados en Manila, que, descargando golpes á diestro y siniestro, acuchillaron á cuatro de mis compañeros, poniendo en fuga á los demás. Al verme solo, corrí á las jarcias de mesana y me encaramé por ellas.»

Cuando los indios encontraron á Sonnberg, evidentemente volvían de su primer encuentro con el capitán, y apenas es creíble que los nueve hombres hubiesen cedido, al saber que los revoltosos no eran sino dos; mas aún: á pesar de la confusión y de la oscuridad, no se comprende el pánico que se siguió.

Los indios comenzaron á correr después de un lado á otro por cubierta, diciendo que el capitán y los pilotos habían muerto y que, por lo tanto, eran dueños del buque. Descargando golpes contra todo el que encontraban, hicieron huir á todos los tripulantes al castillo de popa, y allí los dejaron mientras iban en busca del carpintero, á quien mataron al punto, arrojando después su cuerpo al mar. Después volvieron al castillo de popa, donde había doce hombres, cuatro marineros peligrosamente heridos, el piloto moribundo y otros siete tripulantes, vencidos completamente por el miedo, pues ni aún cuando los indios asesinaban al carpintero, apoderándose después de todo cuanto tenía, hicieron el menor movimiento para correr en su auxilio. Sonnberg, siempre en las jarcias de mesana, observaba aquellas dos fieras humanas, y vió como cogían al timonel, llamado Maloney, que gritaba pidiendo gracia, mientras los indios le acuchillaban. Después siguióse un profundo silencio y oyóse el ruido de un cuerpo al caer en el agua, por lo cual Sonnberg comprendió que el infeliz había sido también botado al mar. Tal efecto produjo esto en el marinero, que no pudo permanecer más tiempo donde estaba, y trató de reunirse con sus compañeros en el castillo de popa, trepando por los cabos.

Esto le exponía á ser visto, más, por el pronto, los amotinados habían desaparecido y oíaseles revolverlo todo en la carpintería. Sonnberg consiguió llegar al castillo de popa, pero vió que se había formado allí una especie de barricada, y no le quedó más remedio que volver á su sitio.

A poco oyó de nuevo ruido y vió que los dos

malvados arrastraban á un marinero llamado Antonio Serrián, al que asesinaron sin escuchar sus súplicas. Este Antonio, según dice Sonnberg, era muy amigo de los manilos, pero sufrió la suerte de los demás, y su cuerpo fué arrojado al agua.

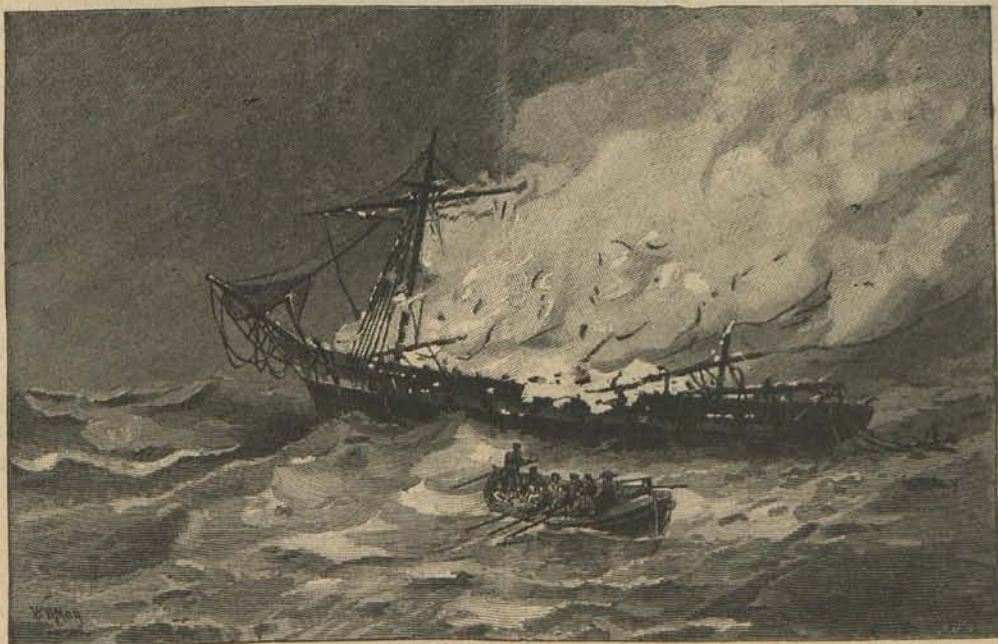
Después de esto, los indios volvieron á la carpintería y afilaron dos hachas; uno de ellos fué á vigilar el camarote, y el otro se quedó á la vista del castillo de popa.

A las cuatro de la madrugada del domingo, el buque estaba en poder de los dos amotinados. Al cabo de algún tiempo hallaron, al fin, al cocinero, un chino llamado Ah Say, y obligáronle á preparar la comida para ambos.

creída, seguramente, tanto más en cuanto nadie sospecharía que dos hombres solos habían asesinado á todos los tripulantes de un buque de 1,600 toneladas.

Todo dependía, pues, ahora de la destreza del capitán Clarke para defender el camarote y las armas de fuego.

Durante la noche, el capitán había oído todo el movimiento sobre cubierta y los gritos que anunciaban la matanza de nuevas víctimas; pero el sitio no comenzó, en realidad, hasta por la mañana. Una y otra vez los manilos trataron de abrirse paso; más el capitán los tuvo siempre á raya con su revolver. Cansados, al fin, ataron sendos cuchillos en la punta de unas largas pér-



Al rayar el alba, Sonnberg fué descubierto en su escondite, y uno de los indios, avanzando hacia el lugar donde estaba, le dijo que bajara, prometiéndole que no sería objeto de ninguna violencia; pero Sonnberg, no se dejó engañar y permaneció donde estaba.

Cuando la mañana estuvo algo adelantada, los dos miserables, que se habían comido dos pollos con arroz, bebiendo después una taza de café, pensaron en atacar el camarote del capitán, pues los tripulantes que se hallaban en el castillo de popa no tenían armas, y con apoderarse ellos de las que estaban en dicho camarote, les sería fácil completar la matanza.

Habíanse propuesto asesinar á todos cuantos se hallasen á bordo, y después, cuando pasase otro buque, presentarse como dos inocentes que se habían escondido durante el motín, quedando después solos á bordo. Tal declaración sería

tigas é introdujeron éstas por la ventana, tratando de herir á los que estaban dentro; pero el capitán no les perdía de vista, y al retirarse los indios, uno de ellos recibió un balazo en un pie.

Hacia el mediodía, los asesinos, cansados al fin, levantaron el sitio por algún tiempo y retiráronse á la carpintería, donde se entretuvieron en ponerse las mejores ropas del difunto.

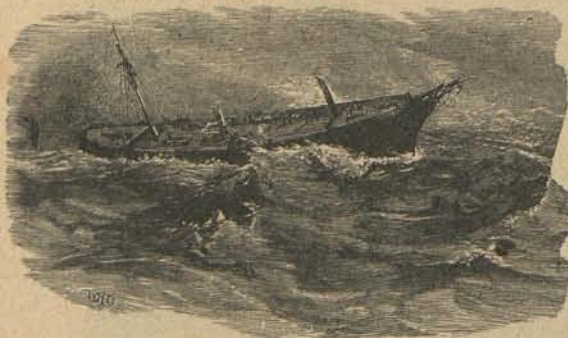
El resto de la tarde transcurrió sin novedad, pues los indios esperaban á que oscureciese para atacar de nuevo el camarote.

Por la mañana, Sonnberg vió á uno de los manilos muy cerca de él mirándole fijamente y con el brazo levantado ya para herir; más tuvo tiempo de ponerse fuera de su alcance y arrojó un madero que tenía preparado, lo cual bastó para que el miserable se alejara, dejando á Sonnberg trepar hasta la cofa mayor, donde permaneció toda la noche.

En cuanto al capitán, había seguido haciendo fuego con tal persistencia, que los indios debieron renunciar á su esperanza de apoderarse de las armas.

Sonnberg observó á primera hora de la mañana que hacían preparativos como para incendiar el buque. También arrancaron las puertas de la carpintería para servirse de ellas como de escudo, pues Clarke, no pudiendo apuntar bien sobre aquellos malvados, disparaba tiro sobre tiro apenas hacían el menor movimiento.

Sonnberg observó igualmente, con un vislumbre de esperanza, que mientras aquellos dos tigres humanos vigilaban por una parte, el cocinero chino, espiando una oportunidad, habíase deslizado hasta las ventanas del castillo de popa para entregar un hacha á los marineros allí bloqueados, á fin de que pudieran abrirse paso. Sonnberg bajó entonces á cubierta y cogió otra,



dejada allí inadvertidamente por los revoltosos. Observado por sus enemigos, que corrieron hacia él, tuvo tiempo para trepar de nuevo á la cofa, y desde allí arrojó un trozo de hierro á sus perseguidores pero sin tocarles.

En la mañana del lunes, el capitán Clarke se sentía ya con más fuerzas, y resolvió tomar la ofensiva. Dirigióse al cuarto del baño, y encontró allí á Hendriesen, el que le había rogado que le ocultara, temblando aún más que antes, pues por una abertura pudo ver como los manilos asesinaban á Maloney junto al timón, y el espectáculo le hizo perder casi el conocimiento.

Obligándole á ponerse en pie, preguntóle si era uno de los amotinados, y como el otro contestase que los indios lo habían hecho todo, entrególe un revolver. Al practicar después un reconocimiento, vió que el enemigo acababa de armarse con un arpón y cuchillos sujetos en la extremidad de palos largos para herir al primero que apareciese por la claraboya, único punto de observación desde el camarote.

El capitán y su auxiliar, así armados, hicieron desde aquel instante un nutrido fuego, y, al fin, uno de los malvados recibió un balazo en

el pecho. El herido extendió los brazos y precipitóse hacia el castillo de popa, donde el ruido de las hachas indicaba en aquel instante que los marineros derribaban su barricada. A los pocos momentos cedió la puerta, y todos se lanzaron fuera, pero no antes de que el indio herido pudiese coger un botalón y con auxilio de su compañero se precipitase en el mar, mientras que el otro, perseguido de cerca por los tripulantes, desaparecía en el interior del buque.

Entretanto, Sonnberg, que había bajado ya, gritó al capitán que se abriese paso desde el camarote. Esto se hizo pronto, y momentos después todos se hallaban sobre cubierta.

Pero el otro manilo estaba abajo, y no fué difícil comprender cuál era su propósito; había pegado fuego en diferentes sitios al cáñamo que formaba parte del cargamento del buque, y poco después una columna de humo, elevándose por los aires, anunció que el buque ardía.

Dos hombres se habían armado de revolvers, y uno de ellos consiguió tocar al infame en un hombro.

Un momento después, cuando las llamas se extendían rápidamente, el otro indio salió de repente de su escondite como una rata, y profiriendo un grito salvaje arrojóse al mar.

La tripulación no tuvo tiempo de pensar en él, pues todos estaban ocupados en atajar las llamas que se propagaban, á pesar de todos los esfuerzos, y muy pronto fué evidente que se debería abandonar el buque. A toda prisa recogieron algunas provisiones y se botaron al agua dos lanchas; pero una de ellas zozobró, por fortuna antes de que nadie se hubiese embarcado. En la otra lancha se cargaron suficientes provisiones para quince ó diez y seis días, aunque las raciones deberían ser muy cortas.

Los heridos fueron bajados cuidadosamente; después la esposa del capitán y su hijo, y, por último, el resto de la tripulación. Los espectadores de la sangrienta tragedia navegaron así durante la noche del lunes al resplandor del incendio, con esperanza de que algún buque, atraído por las llamas, les prestara auxilio.

Desgraciadamente no llegó ninguno, y en la mañana del martes, cuando el *Franck N. Thayer* no era más que una pavesa, habiendo perdido sus tres mástiles, el capitán y su gente, sirviéndose de las mantas como de velas, enderezaron el rumbo hacia Santa Elena, á cuya isla llegaron, después de sufrir toda clase de privaciones, á media noche del domingo, 10 de enero.

Así terminó un motín que costó la vida á seis hombres, y la pérdida de un hermoso buque. Indudablemente, habría costado mucho más si el capitán Clarke no hubiese sobrevivido á sus heridas.



CEMENTERIO EN, TÚNEZ

De una novela por entregas:
 «¡Cuán desdichada fué Cecilia!
 »Desde su nacimiento, vióse
 privada de las caricias de una
 tierna madre, pues, la suya, murió al dar á luz
 al hermano mayor de la pobre huérfana.»

CHARADA

En *prima* y *segunda*
 ó en *tercia* y en *dos*,
 es, caros lectores,
 do más estoy yo.
Segunda y *primera*
 ó *segunda* *tres*,
 ningún estanquero
 la deja de hacer.
Primera *tercera*
 ó *tercia* con *prima*,
 muy frecuentemente
 quiere hacer mi *nifia*.
 Mi *todo*, por último,

es prenda algo antigua,
 aunque, en uniformes,
 se usa todavía.
 ¡Cualquier cosa apuesto
 á que lo adivinas.
 pues, dar con mi *todo*,
 cosa es facilísima!

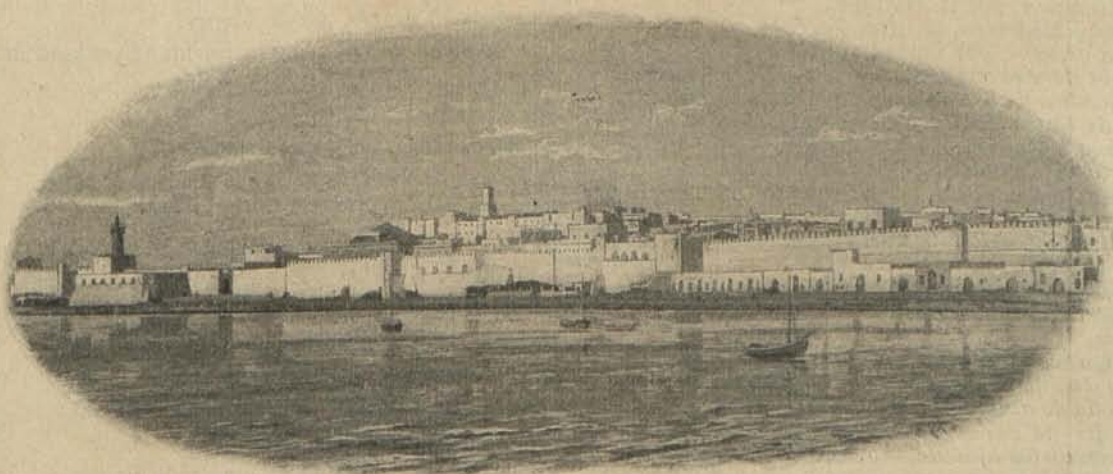
La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior. —

En car-na do

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88



SUSA. —TÚNEZ



AMOR VENDADO

POR

SALVADOR FARINA

Ilustrada con infinidad de grabados. Un tomo
en rústica, 2 pesetas

LA MANO NEGRA

— POR —

ERNESTO GONZALEZ

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 pesetas
Encuadernada, 19 pesetas

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrada con magníficos grabados directos
Un tomo en tela, 5 pesetas

CUENTOS Y NOVELAS

POR

FERNANFLOR

Un tomo con profusión de grabados. — En
rústica, 5 pesetas.

Biblioteca rosa

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con
preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.